

Para saber si podemos hablar de Unamuno como místico, Frayle compara al bilbaíno con Teresa Martín (mística carmelita francesa contemporánea de Unamuno). Considera que Unamuno comparte con Teresa y con el resto de los místicos el punto de partida: la «Noche oscura», aunque ésta en Unamuno tiene elementos propios, personales. Pero lo que los diferencia, según Frayle, es que Unamuno no saldrá de esa noche oscura, sino que transitará toda su vida por ella, como demuestran sus textos. Como en el resto de los ámbitos, Unamuno adopta respecto al misticismo una postura propia, única; motivo por el que Frayle hablará de un «*misticismo*» *propio y peculiar*.

Por todo lo anterior, estimo que el trabajo realizado por Frayle despierta un interés particular. No sólo demuestra haber penetrado en las profundidades de su espíritu, haber desentrañado las claves de la agonía unamuniana (como se explicita en el título), sino que lo ha hecho de una forma rigurosa pero, a la vez, clara y sencilla; demostrando así el interés del autor por facilitar a todo tipo de lector la comprensión del mismo.

A esto hay que añadir el detalle con que narra aspectos generales y particulares de la vida de Unamuno (sus años de estudiante en Madrid, influencias, lecturas, amistades, el papel de su mujer...), lo que facilita enormemente al lector el entendimiento del pensamiento unamuniano. Uno de estos aspectos sería la relación que mantuvo don Miguel con el Padre Lecanda. Frayle realiza un repaso de los viajes hechos a Alcalá por Unamuno para ver al Padre Lecanda y la relación de amistad que hubo entre ellos (ya que le conocía desde su infancia). El análisis de estos viajes le permite decir a Frayle que el Padre Lecanda jugó un papel clave en la vuelta de Unamuno al cristianismo (proceso lento y difícil). Estas visitas siempre estaban motivadas por conflictos religiosos y tuvieron lugar en 1888, 1889, 1895, 1897.

Quiero terminar resaltando la necesidad de trabajos como el presente que arrojen luz y profundidad sobre la vida religioso-espiritual del bilbaíno, debido a que ha sido y es una cuestión clave a la hora de interpretar y dar sentido a su obra. Luis Frayle ha tenido la admirable osadía de aportar más datos al respecto y de intentar «categorizar» a Unamuno (algo tremendamente difícil debido a la complejidad de su pensamiento y a su deseo de no ser etiquetado) o, en su defecto, decir lo que no fue, descartar las categorías que nunca representó. Y para ello no sólo se necesita tiempo y trabajo, sino una especial clarividencia y sensibilidad, que Frayle ha dejado sobradamente demostradas.—  
GEMMA GORDO.

RUBIO CARRACEDO, JOSÉ, *Teoría crítica de la ciudadanía democrática* (Trotta, Madrid, 2007), 197 pp.

Dentro de su línea preferente de investigación, la ciudadanía democrática, a la que ha hecho importantes aportaciones en obras como *Ciudadanos sin democracia* (2005), el profesor Rubio Carracedo nos presenta un nuevo y sugerente estudio en el que actualiza y profundiza su propuesta de «ciudadanía compleja», en la que viene trabajando, al menos, desde 1995.

Como su título indica, *Teoría crítica de la ciudadanía democrática* gira en torno a uno de los conceptos fundamentales de la filosofía política, el de «ciudadanía». Fundamental y polisémico pues «la ciudadanía ha sido siempre una categoría multidimensional» (p. 12). Aunque el libro se estructura en seis capítulos, podemos advertir tres ejes temáticos bien diferenciados: uno de tipo histórico, sobre la génesis y evolución del concepto de ciudadanía en el mundo greco-romano y en Occidente. El segundo versa sobre las propuestas contemporáneas de ciudadanía, pasando revista a las principales adjetivaciones del polisémico concepto en la actualidad: ciudadanía integrada, postnacional, y trans-

nacional; presentando su propuesta de ciudadanía transcultural, que completa y explicita la anterior de ciudadanía compleja (Rubio Carracedo, «El nuevo pluralismo y la ciudadanía compleja», *Sistema*, n.º 126, 1995). Con este segundo eje el autor da cumplida respuesta a uno de los objetivos que se marcó en las páginas primeras de su estudio: hacer un examen crítico de las principales teorías sobre la ciudadanía hasta nuestros días. El tercer eje es un alegato bien construido a favor de la educación cívico-política como *conditio sine qua non* para una democracia avanzada.

El primer capítulo, sobre la ciudadanía en el mundo greco-romano, tiene gran interés pues es un resumen asequible de la organización política. Son muy útiles para alcanzar una visión de conjunto los cuadros generales que va intercalando, como el dedicado a la democracia radical de Pericles, el que esquematiza los comicios en la Roma republicana o el de la reorganización de Roma como principado. No viene nada mal este ajustado recordatorio de los orígenes históricos de la ciudadanía y de la democracia. Señalaremos únicamente dos pequeñas objeciones a esta parte: por un lado, la omisión de cualquier referencia a la marginación de la mujer de la vida política y, por otra, cierta escasez de referencias a las fuentes, que consideramos importante en un campo como el de las instituciones greco-romanas tan minuciosamente estudiado por una legión de eruditos.

El análisis contemporáneo de la ciudadanía arranca con el trabajo pionero de T. H. Marshall (1950) sobre este concepto desde una óptica liberal. A veces el discurso se vuelve inevitablemente técnico con una profusión de tendencias, una complejidad en la nomenclatura, que probablemente convierte a esta parte en «bocado» para paladares bien ejercitados, para especialistas. El profesor Rubio Carracedo pasa revista al concepto de ciudadanía liberal, comunitaria (nacionalista), neo-republicana, ciudadanía diferenciada, multicul-

tural, postnacional (con un comentario al llamado «patriotismo constitucional»). Especialmente interesantes son los diversos apartados críticos, donde la pluma del autor se vuelve más acerada y directa.

El cosmopolitismo cívico sirve de engarce para el tratamiento de la ciudadanía transnacional y transcultural, donde el discurso entra en maridaje con algunas de las señas de identidad de la actual globalización. Advertida la insuficiencia de la ciudadanía transnacional, que «no profundiza lo suficiente en los aspectos transformadores con los que se construye la identidad personal», el autor propone completarla «con los resultados del diálogo intercultural promovido entre individuos y grupos de diferentes culturas, naciones, religiones y etnias». Escrito lo cual, Rubio Carracedo profundiza en su concepto de ciudadanía transcultural, que subsume los de ciudadanía transnacional y de ciudadanía compleja, que él mismo venía promoviendo. Aunque la plena realización de la ciudadanía compleja transcultural parezca inalcanzable, se trata de un ideal a perseguir, que ya está parcialmente realizado en instituciones universales (declaraciones universales, tratados regionales e internacionales, etc.). Una de las dificultades mayores para la globalización de los derechos humanos y el reconocimiento de la ciudadanía universal es, según Rubio Carracedo, las exigencias del legalismo y del individualismo occidental, que haría necesaria la occidentalización del mundo. Por ello es preciso «pensar imaginativamente en otras instituciones y otras actividades para conseguir la realización de los derechos humanos y de la ciudadanía transcultural en todo el mundo». No un superestado sino instituciones del más alto rango creadas por la ONU actual (p. 127).

Llegamos ahora a la que quien escribe considera la parte más apasionante de este volumen. Comienza con el capítulo «Sin educación cívico-política la democracia de calidad es inviable» y concluye con el

denominado «La ciudadanía entre la teoría y la práctica». Frente al individualismo liberal se subrayará aquí la necesidad de la educación cívico-política como una de las más importantes ideas-fuerza del republicanismo, por lo demás de tan confusa delimitación en sus versiones actuales. Una de las líneas que recorren esta obra es la crítica al modelo liberal y aquí encontramos una de las razones de esa crítica: «los liberales carecen propiamente del concepto que es primordial para los republicanos: el de comunidad política. Porque sin comunidad política no hay ciudadanos, sino individuos liberales» (p. 132). Rubio Carracedo señala la inconsistencia básica de que el modelo liberal democrático haya apostado por la representación política indirecta, cuando uno de sus principios básicos es que el individuo es el único intérprete autorizado de sí mismo y de sus intereses. Tras sondear las causas históricas de esta perversión, el autor defiende un modelo de representación directa basado en cuatro puntos esenciales: listas abiertas de candidatos (o al menos listas cerradas sin bloqueo), presentación de programas concretos de gobierno, rendición de cuentas y revocabilidad política en caso de incumplimiento del programa. Aboga, asimismo, por un código ético para los políticos demócratas y por la instauración de un Consejo de Control de los partidos políticos, reglamentación de plazos máximos de duración de los cargos políticos (que el autor sitúa en seis años. Dos legislaturas de tres años). Estas últimas propuestas revisten gran importancia pues se mantiene la tesis de que una de las causas fundamentales del deterioro de la democracia es la carencia de códigos éticos de conducta democrática.

Defiende asimismo la elección de dirigentes mediante el procedimiento de primarias, la opción consecuente y reflexiva del voto en blanco como una forma de manifestar el malestar ciudadano, el cambio de la ley de referéndum, el establecimiento del servicio civil voluntario. Todo

ello haciendo, en paralelo, una crítica radical y necesaria al funcionamiento de los partidos políticos, presos de una ley de oligarquización que ha hecho de ellos un obstáculo para alcanzar una democracia real. Da varias muestras de este juicio sumario y exigente: el agostamiento del debate y de la deliberación en la vida interna de los partidos, la ley electoral, la burocratización de los partidos, etc. Los partidos se exceden al postularse como único instrumento «a través del cual puede participarse en la vida democrática, a excepción del voto clientelar» (p. 159).

Se trata, pues, de tomar la democracia en serio, «de corregir las graves deformaciones oligárquicas del modelo liberal de representación indirecta, que ha devenido obsoleto, y de vivificarlo con algunas propuestas del modelo republicano, entre las cuales la educación democrática de los ciudadanos es fundamental».

Más allá de las interesantes propuestas que aquí se hacen debo enfatizar el tono general de toda esta parte, que rezuma una saludable falta de complacencia y de conformismo, que se aleja de las declaraciones santurronas y genéricas de exaltación de la democracia, convertida en una especie de dogma sin adjetivación ni profundidad. Incluso el lenguaje se vuelve más directo, apasionado e incisivo. La claridad, actualidad y audacia de los planteamientos críticos y de las propuestas que defiende el profesor Rubio Carracedo hacen de esta obra una referencia importante para el estudio de la ciudadanía en las democracias actuales.—ANTONIO LINDE.

AA.VV., *Descartes vivo* (Anthropos, Barcelona, 2007), 158 pp., ISBN 978-84-7658-835-2.

La editorial Anthropos y la Universidad Autónoma de Querétaro (México) coeditan un magnífico trabajo colectivo que se hace eco de tarea realizada en el contexto del proyecto de investigación «Hermenéutica cartesiana/Lecturas de Descar-